

## LA INTRUSA QUE ARRUINÓ UN IMPORTANTE BANQUETE

Lucas 7.36-50 narra un episodio que sucedió en Betania, Judea (Mr 14.3-9; Mt 26.6-13; Jn 12.1-8) y cuyos protagonistas son Jesús, una mujer pecadora y un fariseo. Un análisis del relato permite comprender la importancia sociocultural del accionar de cada uno de los personajes.

En esa cultura, invitar a alguien a comer (v. 36) significaba respetarlo, era un intento de establecer una relación. El fariseo parece respetar a Jesús, aunque el texto deja ver que seguramente se tratara de una invitación para probarlo (Lc 10.25). Una mujer entra en una situación totalmente hostil (v. 37-38). Es conocida como la mujer *pecadora* (en griego, *hamartolós*). Puede tratarse de una adúltera, o una repudiada por su marido por algún motivo. En cualquier caso, ella interrumpe en la reunión, pero no es una invitada. A lo largo de la narración no dice una sola palabra, sino que sus actos hablan por ella, y son el centro de la historia.

Este relato es sobre lo que se ve y lo que no se ve; sobre cómo uno se convierte en *sujeto*; sobre la visibilidad y la invisibilidad en las relaciones personales. Lucas quiere que su lector «observe», «se fije» y para ello utiliza varios verbos que indican ver o mirar.

El fariseo comprende la parábola de Jesús sobre los dos deudores (7.40-43), pero no puede hacer la transferencia hacia la mujer, su dolor, y su necesidad de perdón. Para él, ella es tan solo un objeto. Probablemente nunca le habló, le preguntó por su vida ni le ofreció el perdón de Dios.

Jesús se vuelve hacia la mujer (vv. 44-46) y le pregunta a Simón: «¿**Ves** a esta mujer?». En griego *haute*, que significa «esta», abre la pregunta. No, Simón no la ha *estado mirando* a ella, sino sus pecados y su infracción del código de honor (v. 39).

La mujer, por su parte, no se considera digna de interactuar cara a cara con Jesús, pero presenta su persona tocando los pies del Maestro. Jesús se vuelve hacia ella y le ofrece un reconocimiento frontal. Ni una mirada de condenación o lujuria, sino de aceptación: El rostro de Jesús le devuelve la imagen de una persona digna de una relación con Dios. Sí, él sabe que ella es pecadora, pero sigue siendo merecedora de redención.

Lo que no hizo Simón el fariseo lo ha hecho ella. Ella es el sujeto de estas acciones, como destacan los tres pares de «*no me diste... mas esta...*».

Queda claro que Simón no honra a Jesús como a un invitado importante, porque pasa por alto los pasos clave del código de hospitalidad (dar agua para lavar sus pies llenos de polvo, saludarlo con un beso en la mejilla, ungir su cabeza con aceite perfumado, etc.). Es la mujer quien perfuma a Jesús, lava sus pies, los seca, y no deja de besarlos. La mujer rechazada, víctima de su propio pecado y de la violencia del hombre en su sociedad, trasciende el código de hospitalidad; ella ama mucho a causa de sus muchos pecados (v. 47).

Jesús le habla directamente a la mujer (v. 48) y, de objeto de conversación, tema de un debate teológico, pasa a ser sujeto digno de perdón.

En contraste, en v. el 49 se nota que los invitados no han reparado en ella. La preocupación de los invitados es teológica y social: «¿Quién es este, que también perdona pecados?». Todavía no vieron que allí hay una mujer, un ser humano con quien comunicarse. Para ellos, no existe como persona necesitada del perdón comunitario. Ha sido aislada de la sociedad de los decentes, de los santos, del pueblo de Dios.

El v. 50 vuelve sobre Jesús quien da un paso más: La mujer no es solamente la receptora del perdón, sino la protagonista principal. ¿Por qué se acerca a Jesús precisamente cuando él está con la gente que más la condena? Quizás porque al haber perdido el honor públicamente, solo públicamente podría recuperarlo. Es una mujer de fe; es más grande, más «sujeto» que los demás sujetos en este relato, excepto Jesús. Ella es el verdadero actor. Ha tomado su destino en sus manos y, conociendo y aceptando su pecado, decide dar media vuelta. En efecto, su fe la ha salvado, ahora puede establecer relaciones interpersonales sanas. Se la declara pura. Ella es la que ama más.